



La Venganza

(Cuento)

Escribe: JAIME ESPINOSA DEDERLE

I

Comenzaba a oscurecer cuando Rubén decidió abandonar el pueblo. En silencio salió de la casa de su madre y echó a andar por el camino que, según pensaba el muchacho, tenía que llegar a alguna parte. No le importaba a dónde iría a parar. Tan sólo le interesaba andar, alejarse de aquella vieja casa en la cual había recibido muchos palos. Cuando pasó por el cementerio, a la salida del pueblo, se le antojó visitar a su padre. Hacía tres años había muerto o, mejor dicho, lo habían encontrado muerto en la plaza del pueblo. Poco tiempo después, la madre de Rubén se casó con Nicolás, hombre que, según dicen algunas gentes del lugar, en tiempos de violencia “se había echado unos cuantos cristianos”. Desde entonces, el muchacho comenzó a ser víctima de su padrastro, quien no tenía inconveniente alguno en molerlo a palos cada vez que llegaba borracho o cuando simplemente se le daba la gana. Había algunas veces, es cierto, que Claudia defendía a su hijo. Pero cuando se tomaba el trabajo de hacerlo, lo hacía con temor de ofender a Nicolás y, si ello llegaba a suceder, la paliza que debía recibir el hijo la recibía la madre. Sin embargo y a pesar de todo Claudia amaba a Nicolás. Su hijo no podía comprender cómo una mujer podía amar a un hombre que le pegaba por todo y por nada. Por el contrario aquel muchacho veía, con impotencia y desesperación, cómo aquel hombre rudo, poco a poco iba dejándolo sin madre. Por ello, cada día que pasaba Rubén iba sintiendo un vacío mayor en el pecho. Era el vacío de quien se siente solo, indefenso, casi aniquilado.

II

El padre de Rubén estaba enterrado en el suelo. Al pie de la sepultura había una cruz de palo negro con un nombre y una fecha escritos probablemente con cal: "Rubén Eliseo Corrales. 13 de abril de 1950". El hijo se quedó mirando la cruz; no sabía leer pero adivinó lo que decía, lo había adivinado mil veces ya. Sintió frío y se llevó las manos a la mejillas; tocó el vello que las cubría y recordó cómo su padre alguna vez le había dicho que cuando el vello asomaba en las mejillas se era adolescente.

Un viento recio agitaba los árboles que se levantaban alrededor de las tapias del cementerio. Rubén se santiguó y se alejó de la tumba lentamente. Cuando iba a salir del cementerio volvió la vista hacia la tumba y dos lágrimas rodaron por sus mejillas de adolescente. Al llegar a la puerta del cementerio vaciló un instante. Una fuerza extraña se había apoderado de él y ya no quería huir por el camino viejo del pueblo, sino volver rápidamente a la casa de donde había salido con tanta prisa. Echó a correr con ánimo en dirección a la casa que él conocía demasiado bien y cuando estuvo cerca dejó de correr. Se había ido la luz en el pueblo y como ya estaba un poco oscuro nadie lo vio entrar en la casa.

III

Nicolás estaba insultando a su mujer porque Rubén no aparecía. Esa tarde había estado tomando con unos compadres y, como de costumbre, amenazaba a Claudia porque, según decía, tenía escondido a ese holgazán. De vez en cuando Nicolás callaba y, casi enseguida, soltaba una carcajada que interrumpía para amenazar a su mujer.

—Dónde está ese h... —gritó de repente el hombre—.

—Aquí estoy, respondió una voz como temblorosa.

En la penumbra del cuarto alumbrado con una vela, Claudia reconoció a su hijo. Alcanzó a ver que traía algo en la mano pero no pudo precisar qué era exactamente.

—Yo le enseñaré a estar en casa cuando lo necesito, desgraciadito, gritó rabiosamente Nicolás.

El muchacho se fue acercando poco a poco, como temeroso de que su padrastro se diera cuenta de ello. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de él le hundió en el vientre el machete que traía en la mano al tiempo que gritaba espantosamente: ¡Nunca más nos pegará, madrecita! ¡Nunca más!.